

EL REINO DE JUDÁ SOLO (720-580 ANTES DE J.C.)

Ezequías

Cumpliendo una ley ordinaria de la Historia, la destrucción de Samaria significó la exaltación de su rival Jerusalén. Judá, él solo, efectuará ahora la labor religiosa y literaria que habían venido haciendo las dos mitades separadas de Jacob. Y Judá era Jerusalén. La religión de Israel hasta entonces no había tenido nombre. En la nueva forma que le dio el genio jerosolimita tomó el nombre de judaísmo. Al concentrarse la fuerza del movimiento religioso puesto en marcha por los profetas, adquirió nuevo grado de intensidad. La pequeña ciudad de David se convirtió en un foco creador, único en el orden religioso. Se plantearon, originalmente, los problemas morales y sociales. La primera religión organizada se iba formando. El cristianismo, el islamismo, el protestantismo y *mutatis mutandis* el socialismo moderno, salieron de ella.

El jehovahismo, el elohismo y los cultos unidos a ella, no eran aún religiones con principios de identidad que asegurasen su duración. Eran gérmenes enérgicos, de los que surgiría el tronco del árbol religioso de la humanidad. La reforma de Ezequías y Josías, los libros que de ella derivaron, el terrible fanatismo de Jeremías, el cautiverio en Babilonia y el regreso, fueron el nudo que hizo de todo esto un haz imposible de quebrantar. Al desaparecer el reino de Israel, desapareció su religión. El reino de Judá desapareció, pero su religión había de sobrevivirle. El judaísmo pasaría a ser, de religión local, a una religión sin lazo con país determinado, capaz de ser practicada en todas partes y por las razas más diversas.

Ezequías e Isaías originaron este movimiento extraordinario que decidió el destino de la humanidad, y las circunstancias les ayudaron poderosamente. Los tres años que duró el sitio de Samaria y los siguientes, fueron para Jerusalén una época de fiebre ardiente. A cada instante se temía que cayeran sobre Judea los asirios que destrozaron Efraím. Una especie de patriotismo impidió a Isaías y a Miqueas gritar triunfalmente cuando se tomó Samaria, pero de hecho se alegraron viendo en esto la victoria del judaísmo. Quedaban realizadas las predicciones de los profetas de Jerusalén. El reino de Efraím había sido víctima de su infidelidad a Jehová. Jerusalén fue la única ciudad perdonada en Siria. Admitiendo

que los asirios fueron el azote con que castigaba Jehová a los pueblos, la inmunidad de Jerusalén tenía que ser efecto de esta protección divina. Una bella *sura* de Isaías, que parece referirse a aquel tiempo, contiene la teoría completa de la Providencia según los profetas, y asegura que Dios gobierna al mundo por medio del castigo, sin que los instrumentos de éste conozcan la mano que los utiliza. Asiria será derrotada a su vez algún día. Las dos familias de Israel se miran en la desgracia y la victoria será el fruto de la mejora moral, porque para estar apoyado por Jehová hay que ser puro.

Así era la doctrina de todos los profetas jehovahístas, y durante los años que siguieron a la ruina del reino de Israel, el partido de los profetas fue omnipotente en Judea. El rey se entregó a ellos sin reserva. Su carácter tendía a la justicia y la piedad. Ezequías encontró el origen de sus cualidades en el conjunto de las escrituras hebraicas. Parece que fue más joven que Isaías, y más penetrado de la cultura literaria que distinguió a Isaías y a Miqueas. Fue una pietista y casi un letrado.

Posiblemente el ardor con que el rey Ezequías se consagró a la verdadera religión fue el resultado de una conversión, de un poderoso trastorno moral, que le hizo defensor de las ideas que consideraba verdad absoluta. La proclamación oficial del judaísmo se pareció a la del budismo, producida por la conversión del rey Asoka. Ezequías no hizo más que seguir las indicaciones de unos hechos que le parecían manifestación evidente de la voluntad de Jehová, como la toma de Samaria, y el cautiverio de Hoseas. Si Salmanasar no hubiera proseguido su campaña de Siria, es probable que Jerusalén, a pesar de Isaías y Miqueas, habría seguido arrastrándose en una especie de medianía religiosa, de la que no conseguía salir. Mejor dicho, sin los grandes acontecimientos que parecieron la justificación de los oráculos jehovahístas, Isaías y Miqueas no habrían sido lo que fueron. Después de tales sucesos, Jehová es el dios vivo de la Historia, el que dirige el mundo. Él, triunfa por la Historia, y las grandes revoluciones del mundo son sus manifestaciones.